

PAIS PORTATIL

CIEN AÑOS DE VIOLENCIA

JOSE IGNACIO REY

"País portátil" es una película definitivamente importante. No parece necesario insistir en que nos encontramos frente a una de las más maduras y logradas producciones del cine nacional. La crítica a este respecto ha sido unánime. Nos parece, con todo, que una ciertamente muy comprensible emoción ha llevado esta vez a algunos críticos, habitualmente sobrios, a formular elogios desmedidos y a salirse de una perspectiva justa. El cine nacional ha recorrido en breve tiempo un largo camino. Ello es muy cierto y "País portátil" lo demuestra. Pero no es menos cierto que al cine nacional le queda aún un largo camino por recorrer. Pensamos que eso también queda evidenciado en la película que comentamos.

"País portátil" es, antes que nada, un serio ensayo indagatorio sobre los móviles de una violencia que parece consubstancial a la historia de Venezuela. Concretamente, los cien años de violencias que protagonizan los Barazarte representan, de alguna manera, cien años de violencia en la vida de Venezuela toda. Inspirándose y recreando para el cine la novela de Adriano González León, Iván Feo y Antonio Llerandi parecieran sugerir que la violencia en Venezuela va en la sangre misma de los venezolanos. Una violencia hereditaria, muchas veces irracional, siempre confusa. Violencia que, al final de cada ciclo y antes de comenzar el siguiente, termina en tregua o en pacto con el enemigo. Enemigo cuyo perfil, curiosamente, nunca aparece con nitidez en la película. Por algo se trata de una violencia de todos contra todos y de todos contra nadie.

Frente a ese ciclo fatal de violencia que nunca se detiene, Salvador Barazarte representa la conciencia lúcida del venezolano que busca la razón de la sin razón y se pregunta casi obsesivamente por la secreta coherencia de ese destino que hilvana misteriosa y trágicamente el presente con el pasado y el futuro. Andrés

Barazarte, activista también de una revolución inexplicable o por lo menos inexplicada, acaba por entrar finalmente en el marco de un destino familiar y nacional del que en realidad nunca salió. En el sentido que venimos apuntando, "País portátil" es un inteligente intento explicativo de la frustración del presente o de un pasado reciente desde la perspectiva de la frustración de un pasado lejano. "La noche de los Barazarte no podrá darte un amanecer mejor" le dice Salvador a su nieto Andrés. Intento explicativo inteligente y, por supuesto, discutible. En cualquier caso, importante.

Esa es la violencia que se ven impulsados a desatar los hombres. No menos interesante, ni menos frustrante tampoco, es la violencia que padecen las mujeres. A lo largo de la película, las Barazarte desfilan ante nuestros ojos como almas en pena, dolientes y afligidas, aprisionadas entre un pasado triste y un futuro sin horizonte. Ellas son doblemente víctimas de una especie de destino cruel que abraza a todos y parece no perdonar a nadie. Compañeras del hombre y sin embargo distantes, sometidas, espiritualmente estériles, frustradas, tristes, casi mudas. Espectadoras pasivas de una violencia que protagonizan los hombres, ellas mismas sufren los resultados del absurdo de esa violencia. Cien años de violencia también para ellas.

Más allá del interés que despierta su planteamiento temático, "País portátil" es una película valiosa por la reconstrucción brillante y la evocación precisa de ambientes, personajes y costumbres de un pasado muy nuestro, algo alejado en el tiempo pero vivo y latente todavía dentro del alma nacional. Cierta afán esteticista y un excesivo barroquismo empañan un tanto la limpidez narrativa de este sobresaliente filme venezolano.

A pesar de que se aprecia un guión cuidadosamente trabajado, nos queda aún la impresión de que el mismo se ciñe ex-

cesivamente a la novela que le sirvió de inspiración. Esta dependencia de un estilo más literario que fílmico se refleja, por un lado, en la abundancia y largura de monólogos y parlamentos dentro de la película. También en una interpretación marcadamente teatral, sobre todo de ciertos personajes. Todo ello le resta fluidez y le añade una innecesaria lentitud a la narración fílmica.

A propósito de la falta de fluidez, es preciso hacer notar que tampoco en "País portátil" se logra superar del todo una falla que es característica de muchas de las más recientes películas nacionales. Una película de cine no es un mosaico de escenas, por bien realizadas que estén todas y cada una de ellas. En "País portátil" hay escenas memorables por su perfección formal, pero el guión en su conjunto pierde a ratos el ritmo y la cadencia fílmica. El defecto queda en parte paliado por el excelente trabajo de montaje a cargo de Alberto Torrija y del propio Antonio Llerandi.

Iluminación, fotografía, sonorización, maquillaje y musicalización se adaptan rigurosamente a la índole temática y al espíritu de la obra y alcanzan, además, niveles muy altos de perfección técnica. Todo en la película está cuidadosamente trabajado. Nada se ha dejado a la improvisación y ése, a nuestro juicio, es uno de sus méritos ejemplares.

El público, como siempre, ha respondido y respaldado con fervor este nuevo esfuerzo del cine nacional. Tenemos la impresión de que un sector de ese público queda inicialmente sorprendido por un tipo de cine al que no está habituado, un cine comercial pero sin concesiones comerciales, un cine serio, a ratos difícil, un cine que obliga a pensar, un cine polémico, un cine que en un corto espacio de tiempo ha comenzado a ser adulto. □